

# 1928

ABC, 1928-3-21

## Paseo a Lequeitio

La Marina, el Calvario y el Salon

La costa descubre aquí un seno gracioso con la alhaja pueril de una isla pequeña, y es como un escote de muchacha donde juega una medallita de esmalte verde. El mar es menos triste y obscuro que en los pueblos y cabos vecinos, sin el ceño trágico que toma desde la villa de Bermeo y sin el tono sucio y amarillento que abunda en el Abra, de Bilbao. La claridad vizcaína de Lequeitio se ve desde las próximas alturas. La luz discurre fácilmente sobre las nubes; el pueblo y el agua, por un ámbito bien definido, como la fresca voz cuando halla buenas condiciones acústicas. La disposición oportuna de planos y volúmenes aumenta aquí la claridad al modo de una estudiada multiplicación en los espejos. Los edificios se sitúan en orden acertado; la armonía de las curvas de nivel ha sido bien interpretada por el instinto de los constructores; la piedra caliza aparece sin vejez, como recién lavada por las olas y secándose al viento salino; el anfiteatro lequeitiano se va resolviendo con belleza y simplicidad, por medio de convergencias y paralelismos, hasta la curva última de la costa y los muelles del puerto.

Existen una gracia y una fortaleza lequeitianas, pero los pintores del país han preferido Ondárroa y Bermeo, lugares más aptos para abastecer la gruesa cocina costumbrista. Han preferido el carácter a la armonía. Lequeitio era menos aparatoso, pero más ligero y difícil. En Ondárroa se pintan todas las casas de rojo y de verde. En Lequeitio, de blanco y azul. Las ventanas lequeitianas miran al mar con franqueza y alegría, como si no hubieran visto y sufrido las mismas galernas y tragedias de Bermeo. Lequeitio es un lobo de mar, con diente de lobo, pero con la rosa en la boca. Es alegre. Al amanecer se oyen por todas partes los gallos que cantan al mar.

Claro y noble, un latín mural canta en el Consistorio: "Reges debellavit, horrenda cete subjecit, terra marique potens, Lequeitio". Este es un dístico dictado por la propia Minerva que doma al Centauro, bate a los titanes y trae en los ojos el verdor campestre y marinero.

La iglesia, de miembros ágiles y resueltos, sobre su armadura de arbotantes y de sobrias ojivas, es una Santa María del Mar de veinte años, fina y flexible, con sillares de siglos, bien puesta en astillero y presta a navegar cada mañana el río y el mar de la gracia. En torno está el panorama doméstico, con sus húmedas y joviales tintas de acuarela, movidas al viento o al sol en balcones colgados de percales y bayetas vivas, en mástiles que asoman, oscilando sobre los pretiles; en redes que ondean a lo largo del malecón igual que colgaduras. Con luz helada, quebrada y de mal tiempo, todo esto se vuelve un políptico de marfil, con oros y azules medio idos y un rosa gris y viejo, persistente aún sobre la pálida materia decolorada.

Los lequeitianos hacen, junto al río sumido a la espalda del pueblo, entre montañas de pinares, bergantines, goletas y alguna fragata. He aquí una, al caer de la tarde, que vuelve de su primer viaje *viaje de boda con el mar*, vestida de blanco, a toda vela: *María de los Angeles, Lequeitio*.

Se ve de todas partes ese Calvario, con sus tres cruces, sobre un cónico monte de rocas y zarzales. La criatura que comió aquí, en el pedregoso camino, moras de zarza, a la vuelta del paseo de otoño, parecía teñirse las manos del morado de la Pasión. Esas Tres Cruces son como la sombra del Cristo en las "Bodas Corintias". Sin ellas, podría restaurarse la alegría pagana. Pero he aquí el Renacimiento y su secuela de claroscuro misterioso y terrible.

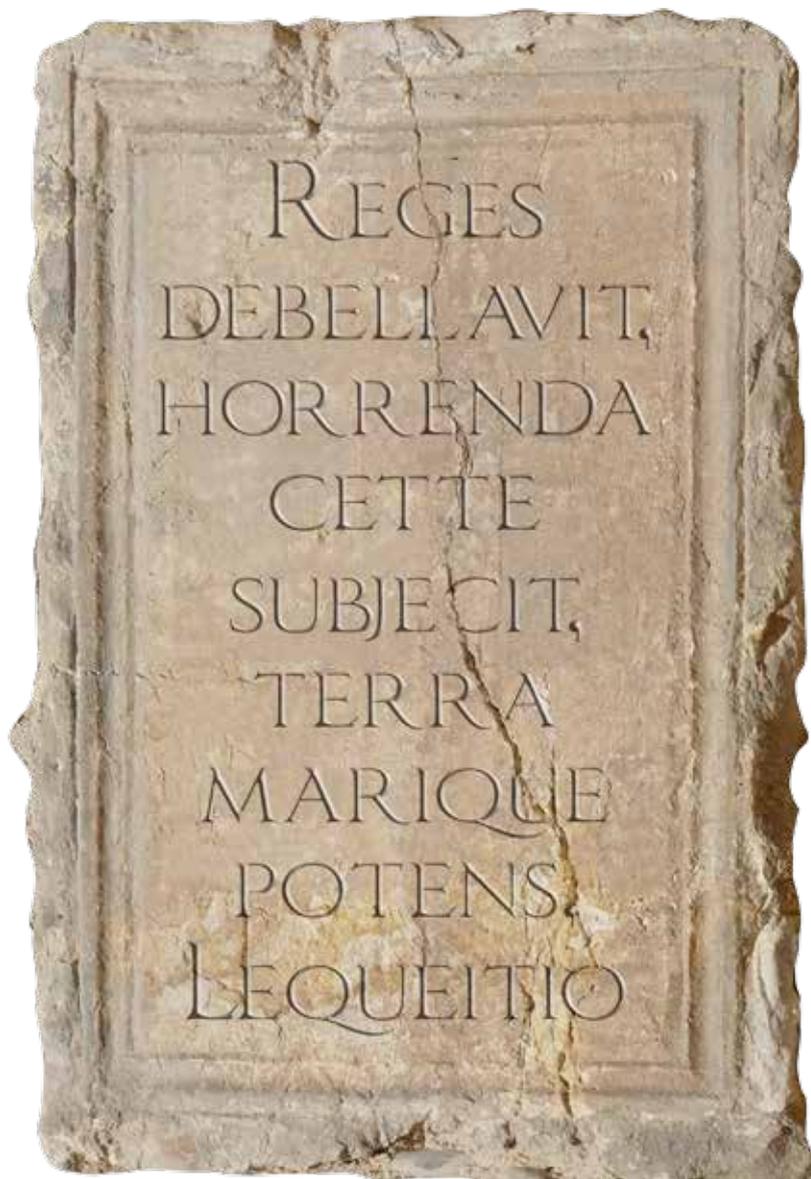
Hay por estos contornos montes y hondonadas con amargos y sombríos bosques de abetos. Una penumbra solariega se guarda en salones y jardines. En la puerta del palacio de Manso de Zúñiga hay colgados unos ramos mágicos para alejar los malos espíritus. Se cierran dentro los salones con relojes y pinturas, lacas y damascos, de un verdor y un olor de abetos a veces. Por un gran arco de cristales se ve, desde el salón, un patio de armas. Zubieta, otro palacio, escondido en una vuelta del brazo del mar, es aun más grande y melancólico. Murió el señor antiguo, y los blasones se han cubierto de paños lúgubres. El parque de hayas centenarias y mesas de piedra parece insensible a la estación primaveral que viene. Los salones están cerrados y a oscuras, con sus Goyas en marcos de oro. Las trescientas sesenta y cinco ventanas callan la pena de trescientos sesenta y cinco días dentro del palacio...

Sobre la playa, otro palacio, donde solía venir a veranear Isabel II. Ahora, una Emperatriz en el destierro y un Emperador niño, Rey de Hungría... A la luz de la luna, las largas sombras de los

árboles del jardín bajan desde el alto terraplén a la playa y se pierden, ondulando, en el mar. Hace un efecto extraño en el arenal, que semeja una piel de cebra con rayas de sombra. Sobre la bañada del alto jardín aparecían en sus miriñaques las damas de la Reina mirando los barcos que salían.

Por una calle en cuesta, entre casas antiguas y jardines tapiados, se llega a una plazoleta conventual, con losas y arbolillos. A la derecha, una casa encalada; bolas de bronce en los balcones, rejerías, geranios y claveles del Sur, puertas y persianas pintadas de fresca pintura verdinegra. El salón está encalado también como la fachada; pero los muros se enriquecen de cornucopias y de cuadros –oleos y oros-, y es oscura y luciente la madera de los muebles castellanos y de las gruesas y labradas vigas. Han venido hasta aquí tallas carnales de Salamanca y de Sevilla, metales de Lucena. A mediodía, el espejo barroco del salón se inunda de verdores traslúcidos del jardincillo y arabescos de enredaderas, arbustos y guirnaldas de viña. De noche, la estancia se hace tibia a la luz rosa, violeta, oro, malva y azul de las pantallas tenues. En el testero hay una chimenea con el vasar cargado de cobres y cerámicas. Sobre el vasar, las baldas, hasta el techo cubren el muro de porcelanas y de antigua plata. Es de noche. La bella señora, morena, se ha vestido de azul, con un pañuelo amarillo de gitana en los hombros. Del salón, iluminado y sólo, como de las vidrieras calientes y floridas de un ábside profano, parece fluir, entre la sombra y el claror, un misterioso río de colores que pasa por Lequeitio.

RAFAEL SANCHEZ MAZAS  
Bilbao, Marzo, 1928



Fotomuntaketa. Erromatar oroitarri batean ikusi nahi izan dugu Minervaren distikoa



ABC egunkariako hemeroteka  
[abc.es/archivo](http://abc.es/archivo)

ABC egunkaria 1903an sortu zuen Torcuato Luca de Tena enpresari eta kazetariak, eta gaur egun ere argitaratu egiten da (Madrilko zaharrena). Ideologiaz kontserbadorea (monarkikoa eta katolikoa) izan zen eta da gerra zibilean Madrileko edizioa errepublikarren esku geratu zen arren.

Rafael Sanchez Mazas (1894-1966) Madrilen jaio zen, baina ama alargun geratu ondoren Bilbora etorri ziren, ama bertokoa baitzen. Gazte-gaztetatik idatzi zuen *ABC*, *El Sol* eta *El Pueblo Vasco* egunkarietan eta baita *Hermes* aldizkari bilbotarrean ere. 1922-29 artean *ABC* egunkariako korrespontsala izan zen Italian. Han ezagutu zituen bere emaztea izango zena eta faxismoa.

Oso ezaguna izan zen bere garaian, *Arriba España* esaldia asmatu zuena omen zen. José Antonio Primo de Riveraren lagun mina, Falangea sortu zutenetakoa izan zen, sailik gabeko ministroa Francorekin. Bere seme-alaben artean Rafael Sanchez Ferlosio idazle bikaina dago! Aita ere ez zen eskasa izan, artikulu hau duzue eredu.